

Ciudadanía y 'cuidadanía' en Andalucía

EL BISTURÍ

MARIANO SÁNCHEZ MARTÍNEZ

Catedrático de Sociología. Facultad de CC. Políticas y Sociología. Universidad de Granada

Abrimos un espacio de análisis donde expertos en Ciencia Política y Sociología de la Universidad de Granada desentrañarán quincenalmente las dinámicas del poder y la sociedad. A través de un enfoque crítico y fundamentado, esta tribuna ofrecerá claves para comprender los fenómenos actuales. Información y rigor académico de la mano para comprender nuestro tiempo

Hace unos meses el Consejo Económico y Social de Andalucía organizó la jornada 'El sistema de cuidados en Andalucía'. Hablar de cuidados y no de dependencia me pareció un paso en la buena dirección. Asistí, escuché, aprendí, participé y me marché preguntándome, una vez más, sí, después de todo, y como comunidad política de ciudadanas y ciudadanos, realmente nos importan —con mayúsculas— los cuidados.

Aun a riesgo de equivocarme tengo la impresión de que aún no nos importan lo suficiente. Mejor dicho, nos importan en el ámbito individual y como receptores de cuidados —«quiero que yo y los míos estemos debidamente cuidados»— pero no tanto en el colectivo y como cuidadores —«quiero cuidar a otras personas de mi entorno»—. Por lo general, los cuidados no están en la agenda ciudadana, no son un asunto con respecto al cual exista un explícito y sostenible compromiso público de alcance general, fruto de una colaboración transversal y con implicación de abajo arriba y de arriba abajo.

Esto no quiere decir que no se esté actuando. Por ejemplo, la Consejería de Salud de la Junta de Andalucía mantiene una meritoria 'Estrategia de Cuidados de Andalucía'. La Federación Andaluza de Municipios y Provincias ha puesto en marcha recientemente un loable Laboratorio de Innovación de Economía del Cuidado. El Círculo Empresarial de Cuidados a Personas (Cecua), que en Andalucía representa a un amplio colectivo del sector sociosanitario, no deja de proponer iniciativas para la mejora de la calidad de los cuidados. Sin duda, en el océano azul de los cuidados en Andalucía hay navegantes —el tercer sector también ocupa su espacio—, lo que no sabemos es si navegamos al encuentro y si lo hacemos con un horizonte similar en mente.

Mi impresión es que nos estamos quedando cortos en nuestras ambiciones para que Andalucía pueda convertir la crisis actual del sistema de cuidados en un proyecto estratégico que renueve la visión del bienestar en tiempos de longevidad e individualismo. Los cuidados no acaban de configurarse como el gran desafío tractor comunitario y transversal que

son. Llevamos décadas hablando de la necesidad de coordinar esfuerzos para cuidar mejor pero no se ha logrado la adecuada coordinación, no solo la sociosanitaria sino la de todas las partes interesadas, que son muchas, empezando por las personas que cuidamos y que precisamos de cuidados, es decir, toda la ciudadanía andaluza.

Todavía se sigue pensando, creo que erróneamente, en buscar un modelo único: un sistema de cuidados estandarizado para todo el territorio, coordinado por una autoridad e inspirado por una perspectiva concreta, que suele ser la atención centrada en la persona. Porque lo cierto es que nadie parece estar totalmente satisfecho con el actual sistema de cuidados. Se insiste una y otra vez en que hay que transformarlo, pero escasean las indicaciones sobre cómo acometer esa transformación tan deseada de un modo distinto, que evite seguir cambiando y cambiando pero sin movernos significativamente de sitio. Mientras, la vida sigue. Y cuando nos llega la urgencia de buscar cuidados las soluciones rápidas y apropiadas o bien no nos salen al encuentro o bien no son todo lo universales y sostenibles que deberían.

No es fácil saber qué hacer al respecto de algo tan complejo, pero estamos obligados a ello. Y no creo que todo consista en aumentar la financiación, por mucho que este aumento sea urgente. Me parece que hemos cometido una equivocación más de fondo: el verdadero ob-

jetivo no era conseguir vivir vidas más largas sino, sobre todo, vidas llenas de sentido. Y para ello importaba más la anchura que la largura. Anchura significa vivir con —convivir—, vivir entre, vivir en relación, vivir perteneciendo. Practicar los cuidados no es sino una manera de aprovechar nuestra vulnerabilidad natural para ampliar la anchura de nuestras vidas. Reconozcámoslo, la vía de buscar la máxima autosuficiencia individual no ha funcionado.

Este descuido del cuidado resulta más sorprendente aún si caemos en la cuenta de que ninguna persona puede vivir sin ser cuidada en algún momento de su vida. Todos necesitamos que nos cuiden. Es más, tampoco se puede vivir sin cuidar: se cuida lo que se quiere y no es posible vivir una vida sin querer a alguien o algo de un modo u otro. Tampoco podemos vivir sin relacionarnos. Cuidar es más que curar, acompañar o asistir; el ejercicio del cuidado exige entrar en relación, conectarse, desarrollar nuestra interdependencia. Tenía razón el sociólogo italiano Pierpaolo Donati cuando habló de la persona como un ser relacional, un 'ser para cuidar'. No puede haber buenos cuidados sin buenas relaciones. Y aquí reside una explicación a por qué los cuidados no están más en el centro: «Hemos perdido el arte de las relaciones sociales», sentenció otro sociólogo, Zygmunt Bauman. Si no somos capaces de ejercer este arte, ¿cómo vamos a apreciar la naturalidad y la indispensabilidad de cuidar y ser cuidados como algo intrínsecamente humano?

Los cuidados funcionan con base en lógicas propias: relaciones, altruismo, compasión, cooperación, ayuda, solidaridad, fragilidad, escucha y, sobre todo, interdependencia y vínculos. Es tiempo de plantearse si queremos que Andalucía sea, de verdad, una comunidad ejemplar de los cuidados. Si estamos dispuestos a intentarlo cuidar tiene que pasar a formar parte de cómo entendemos, vivimos y 'experimentamos' lo que significa ser ciudadanos. Alguien ya lo ha dicho: ciudadanía y 'cuidadanía' son una misma cosa.



ALFONSO BERRIDI